

CULTURA E IDENTIDADES JUVENILES MODERNAS. CONSCIENCIA GENERACIONAL DE LOS JÓVENES ESPAÑOLES

Ángela López Jiménez
Universidad de Zaragoza

«El hombre ante todo existe, se encuentra a sí mismo, se revuelve y desarrolla en el mundo y se define después». Jean Paul Sartre.

Introducción

Hablar de las edades de los humanos es hablar de transiciones continuas, pero el tránsito más relevante para el relevo generacional es el que transforma a los jóvenes en adultos. Los jóvenes periódicamente reemplazan a las generaciones que les preceden con todas sus consecuencias para la pervivencia de la sociedad y para la sociedad que pervive. Con la edad los jóvenes adquieren derechos de actuar, responsabilidades en la conservación y renovación de lo heredado, y en la innovación sobre lo recibido. De ahí que la transformación del niño en adulto haya sido cuidadosamente preparada por todas las culturas de las que tenemos noticias. Para dotarla de trascendencia ha sido activada y ritualizada con el propósito de proteger la supervivencia de la especie, con todo lo que hacerlo supone de dar continuidad a los proyectos de vida humana colectiva.

Los jóvenes han sido objeto de atención social a lo largo de la historia y en la más reciente han sido el laboratorio y espejo de las mudanzas en los modos de vida causadas por la modernización¹ que acompaña a la revolución industrial y por la

¹ Interesa aquí en cuanto es un proceso de desarrollar de las sociedades que avanzan a partir de la industrialización y de la revolución científica con el impulso de agentes modernizadores, económicos, sociales y políticos. (Solé, 1998: 499).

globalización² que acompañan a la revolución tecnológica. Por ello que, si bien son muchas las evidencias de la existencia de modelos históricos de ser joven desde la antigüedad, aquí vamos a interesarnos por los jóvenes sujetos a los procesos dinámicos desde la modernización.

Aunque en las sociedades modernas como en las premodernas se vincula la metamorfosis del niño en adulto con la continuidad de la vida social, las prácticas y rituales que la acompañan no extraen su fuerza de las mismas fuentes. Las sociedades premodernas extraen su fuerza de ceremonias concebidas para fortalecer la conservación de las tradicionales formas de hacerse adulto, mientras que las modernas la extraen de la eficacia con que sus propuestas consiguen integrar a los jóvenes en un contexto de cambio creciente, tecnológico y social.

En las sociedades modernas, este tránsito sigue condicionado por la familia, y por la integración diferenciada socialmente que de ella deriva. Pero el contexto interactivo es muy intenso, con instituciones favorecedoras de la igualdad social como la institución escolar, y con instituciones impulsoras de la iniciativa individual como el mercado laboral. La interactividad sigue siendo la clave pero la condición juvenil varía.

En las sociedades premodernas aquella era una condición de pasividad, los jóvenes alcanzaban el estado adulto por sumisión a los rituales de paso celebrados comunitariamente. Por el contrario, la condición juvenil en las sociedades modernas es activa. Aquí el proceso emancipatorio prepara a través de la familia, la escuela, la prácticas laborales, la exposición cada vez más interactiva a los medios de información y comunicación social, para ser adulto y ciudadano copartícipe de las mudanzas sociales.

Seguir los dictados de las instituciones socializadoras legitima y fortalece el papel de los jóvenes como agentes del cambio social, mas que como meros transmisores y conservadores de la tradiciones recibidas. En efecto, la familia y la escuela (ésta se resiente sin el apoyo familiar) le inyectan la obligación moral de crecer y desarrollar profesionalmente y humanamente. La institución de la ciudadanía le inyecta la obligación moral de mejorar el mundo recibido. Ahora bien, en la época de la globalización, las exigencias del tránsito no producen a quien las acepta, la irreversibilidad de la metamorfosis testificada y sellada por los rituales primitivos. A muchos jóvenes y adultos, aquellas exigencias les acompañarán durante gran parte de su ciclo vital. Por esta razón, en la sociedad actual ni existen rituales cuya celebración culmine el tránsito de niño en adulto (o lo que es lo mismo, requisitos cuyo cumplimiento dé el paso definitivo a todos los que los cumplan), ni se aplaza hasta la adultez la adquisición de derechos y la asunción de deberes ciudadanos. La convergencia entre las condiciones de jóvenes y de ciudadanos los convierte en agentes y *relatos* del cambio social.

² Interesa aquí en cuanto es un estadio de modernización que produce una interdependencia de las economías nacionales de todos los países del mundo sometidos a centros económicos de decisión internacionales. La mundialización del mercado de trabajo incide en la flexibilización del empleo y en su temporalidad.

Aquí nos interesamos en los jóvenes de las sociedades modernas crecidas al impulso de y productoras de las revoluciones industrial, científica, tecnológica, por dos factores coadyuvantes. En primer lugar, por la importancia que tiene en su estructuración y dinamismo social y por tanto en los procesos de socialización, la conquista secuencial e irreversible de los derechos de ciudadanía (como logro de sus agentes sociales), sustentados en el principio de igualdad ante la ley de todos los ciudadanos. En segundo lugar, la experiencia de los acontecimientos históricos vividos dentro de un mismo grupo de edad, activa su memoria, su conciencia, su creatividad cultural y su respuesta colectiva. Si se tiene en cuenta que las sociedades interpretan y resuelven en sus contextos específicos las tensiones sociales entre la continuidad y el cambio, interesa ver cómo exploran y valoran el papel que los jóvenes tienen en estos procesos. Este ensayo intenta comprender el impacto de la experiencia vital de los jóvenes en los modos de comportamiento y en los valores que innovan sobre las estructuras de significación y sobre los significados de la vida social.

El artículo se organiza en cuatro partes. La primera aborda la sociogénesis de la condición juvenil en el proceso de socialización. La segunda revisa las interpretaciones que de dicha condición han hecho las tradiciones de pensamiento sociológico. La tercera se introduce en la teoría de las generaciones y su conexión con los estudios de memoria histórica y construcción de las identidades modernas. Desde este marco se reflexiona sobre el ethos de las generaciones juveniles españolas envueltas en el reemplazo generacional, entre 1960 y los inicios del siglo XXI.

Sociogénesis de la condición juvenil en el proceso de socialización

La personalidad social del sujeto se construye en la interrelación del individuo con la sociedad, en un proceso que nunca cesa, y para el que George Simmel acuñó en 1908 el nombre de proceso de socialización³. La condición infanto-juvenil de los sujetos está especialmente marcada por dicho proceso, debido a que coinciden el desarrollo biológico e intelectual con la interacción social dirigida a modelar el tránsito del niño en adulto.

En su curso se cruzan y combinan dos ejes modeladores: el eje de las estructuras que canalizan las funciones sociales integradoras y el eje de las culturas y sus correspondientes significados legitimadores de las estructuras. Puede verse que, en cada período histórico, las preocupaciones por los problemas que aparecen a los ojos del observador (siendo el investigador social uno de ellos) como las más acuciantes para la estabilidad social, repercuten en los enfoques de los estudios de juventud y fijan sus contenidos. Aquí nos interesamos en las sociedades modernas crecidas al impulso de la industrialización, por dos factores coadyuvantes. En pri-

³ Es el proceso por el cual el individuo en desarrollo biológico, forma su personalidad social mientras aprende a adaptarse a los requerimientos de la sociedad en la que vive.

mer lugar, por la importancia que tiene en las relaciones sociales y por tanto en los procesos de socialización, la conquista secuencial e irreversible de los derechos de ciudadanía sustentados en el principio de igualdad ante la ley de todos los ciudadanos. La emancipación⁴ juvenil en las sociedades industriales recibe su impulso de las instituciones democráticas encargadas de contrarrestar las desigualdades de clase producidas en el nacimiento, con la igualdad de oportunidades educativas y la selección laboral con criterios de cualificación y competencia profesional. En segundo lugar, porque los jóvenes contemporáneos atienden a su emancipación en un contexto dinámico de cambio. En ese contexto, la experiencia colectiva de los acontecimientos históricos vividos dentro de un mismo grupo de edad, da una conciencia generacional distinta a cada generación. La experiencia es reflexiva⁵ y por tanto muy dinámica, interactiva, y por tanto expresiva de afectos y emociones, y selectiva de los valores y estilos de vida que sirven de referencia, inspiración y caldo de cultivo a la creatividad cultural del grupo que la vive.

En las sociedades modernas emergentes en el siglo XVIII, bajo la influencia de la revolución industrial, y con la escuela como institución mediadora entre la familia y el mercado, el proceso de socialización pasa por estadios consecutivos. La familia es la institución primaria de socialización en la que el niño interioriza los más importantes elementos de la sociedad, tales como el lenguaje, la identidad de género y la clase social, de forma acrítica y duradera (Fernández, 1998: 695). La escuela es la institución secundaria en la que el niño recibe los conocimientos básicos para su incorporación al trabajo. Con el trabajo, al que algunos niños se incorporan sin pasar por la escuela, se culmina el tránsito y, o bien se es adulto biológicamente, o se funciona como tal por poca edad que se tenga. El interés en los jóvenes que traslucen los estudios clásicos de la sociología del XIX y la ecología urbana de principios del XX, deriva de la alarma que producen los comportamientos anómicos⁶ y delictivos de los jóvenes, sumergidos en suburbios marginales, bajo los efectos de la emigración y la pobreza. Sin trabajo ni aparente respeto hacia las normas cuyo cumplimiento no conduce a lo que prometen, se distancian de las reglas de juego establecidas. En la ciudad del XIX y de comienzos del XX, la desviación social es pesadilla que cancela el sueño de integración armónica de todos los intereses particulares en el interés común.

Pero en las sociedades más avanzadas del siglo XX, los estadios del proceso de socialización se superponen. La incorporación al medio escolar se hace a edades

⁴ Se entiende por emancipación el proceso de adquisición de los derechos y deberes de la ciudadanía que acompañan a la mayoría de edad. En el último apartado se explica convenientemente.

⁵ Anthony Giddens (1995) define reflexividad como la susceptibilidad de la actividad social a ser revisada constantemente a la luz de la nueva información o del conocimiento.

Este proceso reflexivo, que es parte de la vida humana, es esencial para la constitución de la moderna identidad individual. Se produce en el curso de la observación continua de sí mismo para crear la propia trayectoria vital a través de la elaboración de una narrativa de sí mismo, la historia de su propia vida, que desarrolla los proyectos futuros desde los acontecimientos vividos.

⁶ Anomia entendida como ausencia de norma, concepto introducido por Durkheim en su *Division del Trabajo Social*, de 1893.

cada vez más tempranas, a medida que se amplían y consolidan los derechos de ciudadanía. Recordemos que la adquisición de derechos es continua desde el siglo XVIII y que su disfrute tiene consecuencias directas en la emancipación juvenil, como las tiene en las identidades ciudadanas que se construyen en el proceso⁷. Por encima de las diferencias en el goce de las libertades y en el acceso a los bienes que cada estado democrático garantiza a sus ciudadanos, están los principios que avalan la institución de la ciudadanía. En ese sentido, los derechos sociales ponen en la educación la esperanza de igualar las oportunidades laborales de todos los jóvenes, sin discriminación alguna. Para evitar que los niños se inicien en el trabajo sin la formación más elemental, se establece la educación general básica con carácter obligatorio, que se prolonga con la formación más especializada de los adolescentes bajo las mismas exigencias de obligatoriedad⁸. La formación superior, profesional, universitaria y postuniversitaria, da continuidad a las cualificaciones hasta niveles muy altos y hasta edades muy avanzadas. Para hacer participar a las mujeres en los sistemas meritocráticos de inserción laboral, y al liderazgo social, económico y político, los estados democráticos promueven las guarderías infantiles. Con las guarderías se extiende a la primera infancia la atención institucional de apoyo a la familia. Como resultado, el tiempo de permanencia en la institución escolar es cada vez mayor. En contacto con los educadores y los coetáneos, el niño-adolescente-joven recibe nuevos valores y conocimientos, adquiere habilidades sociales, establece redes de contacto, aprende a desempeñar funciones y combina el uso de herramientas básicas con los nuevos saberes profesionales. Además, la sociedad contemporánea potencia la libertad de expresión mediante unos mecanismos omnipresentes de difusión de información y de generación de opinión pública sobre cuanto sucede en el mundo. Ahora bien, si los logros de las democracias occidentales en materia educativa y en libertad de expresión son considerables y altas también las expectativas creadas, la globalización económica provoca una disminución en el potencial emancipador del empleo. Un mercado de trabajo discontinuo y fragmentado impide al joven valerse por sí mismo de manera permanente. La falta de empleo estable mantiene viva la preocupación por el desempleo. No se rompe definitivamente con la dependencia económica, bien sea esta de la familia de origen, o

⁷ Marshall (1965) liga el logro de los derechos al contexto sociohistórico y a los agentes sociales que los defienden desde el siglo XVIII y dentro del contexto del estado-nación hasta el XX. En secuencia, las burguesías nacionales son los agentes defensores de los derechos civiles en el XVIII, las clases medias industriales reivindican los derechos políticos desde el XIX y el movimiento obrero reivindica los derechos sociales a lo largo del siglo XX. Hoy los ciudadanos de los países más avanzados son conscientes de la importancia de extenderlos, y de la dificultad de darles forma legal, por encima de la fronteras de los estados-nación.

⁸ Infancia es el período que transcurre desde el nacimiento hasta la pubertad o inicio de la adolescencia (Delval, 1998: 12). La psicología introduce la adolescencia en el siglo XX, como fase biológica iniciada hacia los 12 años y en la que se construye la identidad psicosocial. El término juventud ha dado nombre a un período de la vida humana, móvil entre los 16 y los 30-40 años desde la antigüedad. La juventud da proyección social a la transición entre la infancia y la madurez. (López, 1998: 413).

del estado que subsidia el paro, ofrece formación para los períodos de transitoriedad entre el empleo y su ausencia, salarios de inserción y ayudas benéficas. Muchos mantienen las dependencias de ambas instituciones a la vez, la familia y el estado. Finalmente, con la habilidad de dar respuestas a las futuras demandas del medio adquirida con la socialización anticipatoria⁹, los jóvenes generan estrategias de adaptación adecuadas a las exigencias de la sociedad, aunque no culminen el tránsito clásico de la infancia a la edad adulta.

La consecuencia para el proceso de socialización infanto-juvenil es que, a la influencia de la familia y de la escuela, se le superponen los aprendizajes sociales transmitidos por los medios de comunicación y por las instituciones públicas y privadas que gestionan los recursos obtenidos en el disfrute de los derechos sociales (fondos de formación, becas, subsidios y ayudas). Así se favorece la exposición juvenil a la mayor densidad de agentes, todos ellos de gran potencial socializador, en las fases de máximo crecimiento biológico, físico e intelectual y que esta exposición continúe durante períodos importantes de la etapa adulta, sin las distinciones claras que antes marcaban los tránsitos. Téngase en cuenta que la flexibilidad laboral afecta a todo el mercado laboral, también a la población adulta y que las dependencias que aquí se analizan trascienden la edad.

La condición juvenil, en este contexto, no es sólo una condición de preparación para la ciudadanía. Es también una forma de ser ciudadano (Morán y Benedicto, 2000).

En la intersección entre los efectos más perturbadores de la dinámica vida colectiva y los propios de la transición de cada generación juvenil a la edad adulta, surgen los contenidos más ricos del proceso de renovación e innovación social. Desde la experiencia común de las demandas y exigencias se elaboran respuestas propias y expresiones del sentido que retan a las ideas dominantes, sacuden las estructuras existentes y, si se llega a la organización colectiva, producen a su vez cambios de valores y cambios sociales. En el proceso los jóvenes aparecen simultáneamente como agentes e *historias de vida* de estos cambios.

Sociología de la juventud y tradiciones de pensamiento

La sociología clásica del siglo XIX y principios del XX ha estudiado las relaciones entre la edad y las estructuras sociales desde sus orígenes. Comte observó la relación entre los estados de desarrollo social y los niveles progresivos de conocimiento, Marx y Engels tuvieron en cuenta el impacto potencial de la industrialización en el significado de la edad y Durkheim se ocupó de las conexiones entre la edad y la integración social (Edmund y Turner, 2002: 3).

⁹ Proceso de aprendizaje y habituación a los requerimientos de un papel que se va a desempeñar en el futuro (Fernández, 1998: 695).

Los ecólogos urbanos de la ciudad moderna (William Isaac Thomas, Florian Znaniecki, Robert E. Park, entre otros), exploran a comienzos del siglo XX los efectos de la desorganización social en los jóvenes urbanos. El énfasis en las bandas y pandillas juveniles conduce al análisis de las culturas juveniles que encuentra en la escuela, (Robert y Helen Lynd, 1929), en los barrios marginales (Thrasher, 1927; Whyte, 1943), en las sociedades primitivas (Margaret Mead, 1928; Ralph Linton, 1942) en la sociedad moderna estadounidense (Talcott Parsons, Robert Merton 1957), inglesa (la escuela de Birmingham, 1964), francesa (Jean Monod, 1968; Pierre Bourdieu, 1977), italiana (Antonio Gramsci, 1930), espacios de observación social privilegiados desde los años veinte hasta los años setenta. Mannheim (1952) da un giro importante a las investigaciones al fijar su atención en el papel de las generaciones como agentes de cambio social, línea de interpretación de la cultura que ha tenido buenos analistas entre los filósofos españoles de la época (Unamuno, Ortega, Laín Entralgo y Aranguren por citar algunos de los más relevantes).

Todos ellos muestran que los espacios de socialización públicos, la ciudad, la escuela, los medios de comunicación son especialmente fecundos para el desarrollo de los compromisos juveniles con la continuidad y con el cambio. Los estudios de los jóvenes urbanos en la ciudad de principios del siglo XX, las investigaciones de las culturas juveniles y del rol histórico de las generaciones que se extienden hasta la década de los cincuenta, los avances en la exploración de la memoria y de las identidades colectivas que florecen a partir de entonces, dan pistas de cómo las sociedades interpretan y resuelven en sus contextos específicos las tensiones sociales entre la continuidad y el cambio y cómo juzgan y valoran el papel que los jóvenes tienen en el proceso.

Estos estudios ayudan a comprender el impacto de la experiencia vital de los coetáneos en los modos de comportamiento y en los valores que innovan sobre las estructuras de significación y sobre los significados de la vida social.

Jóvenes habitantes de la ciudad moderna

A principios del siglo XX, las capitales europeas escenifican la mezcla social producida por las grandes migraciones que genera el capitalismo industrial y que aceleran la urbanización masiva de las ciudades industriales y de las que son centros políticos y económicos de los países. Dickens, Balzac, Dostoyewsky y Pérez Galdós, revelan a través de los dramas novelescos los trasfondos sociales de Londres, París, San Petersburgo o Madrid. Y Baudelaire nos presta sus ojos de *flâneur*¹⁰ urbano para atrapar los intersticios del París diurno y nocturno. Sin embargo, Chicago va a ser la ciudad más sugerente para conocer la dinámica interactiva y conflictual entre los migrantes recién llegados y los ya residentes. Los textos de la épo-

¹⁰ Flâneur urbano es el sucesor del peregrino (Bauman, 1995), del vagabundo urbano (Benjamin, 1973); desarrollo el concepto en la obra *Zaragoza ciudad hablada* (López, 2001: 33).

ca hablan de una mezcla de gentes de diferentes clases sociales, orígenes nacionales, étnicos y culturales, rurales y urbanos¹¹, que pujan por el espacio y los recursos. Seducidos por la aplicación del principio liberal del *laissez-faire* al ejercicio diario del reparto de la riqueza, ponen en práctica la competencia como principal fuerza de regulación. Chicago es un laboratorio tan vivo como documentado de los sistemas de relaciones de las poblaciones, porque coinciden en la ciudad de principios de siglo las grandes aglomeraciones urbanas y quienes las estudian. Al relato literario se añade la crónica de prensa y el análisis universitario, desde un departamento de sociología pionero en los estudios de ecología urbana. Novelistas, periodistas y sociólogos comparten su visión del modo de vida urbano como el inspirador de nuevos estilos de vida. Comparten también su preocupación por el orden moral de la ciudad. ¿Cómo socializar a los jóvenes, a todos los jóvenes, en unas mismas reglas de juego? Para hacerlo, primero hay que llegar a acuerdos entre gentes diversas que se rigen por distintos sistemas de valores. Parte de la sociedad ya arraigada tiene valores preindustriales y tradiciones generadas en la fundación de la ciudad. Los nuevos inmigrantes traen los propios de sus naciones y etnias y costumbres, que aparecen a los ojos de los primeros como extrañas. Y la sociedad industrial en desarrollo genera nuevos valores. ¿Cómo crear normas de comportamiento colectivo en una sociedad magmática cuyos fragmentos más vivos subsisten gracias a estrategias defensivas de su propia particularidad, sea ésta la vecindad residencial, el clan familiar-étnico, el paisanaje, la nación o la organización, transversal a muchas de estas categorías, de los propios intereses? La meta de los investigadores es contribuir con sus estudios al predominio del civismo sobre el afán de riqueza en una sociedad mercantil carente de alma, que dirá Wirth¹² (1938) y a la preeminencia de las relaciones personalizadas sobre las impersonales de la amalgama urbana. Las primeras novelas y crónicas periodísticas de la época, alertan sobre la exposición de la juventud a la corrupción de una ciudad sin ley¹³. Desde la universidad se elaboran presupuestos filosófico-teóricos, se sistematizan los análisis empíricos y se diagnostican los efectos perversos de la decreciente influencia de las normas de comportamiento en las dinámicas urbanas. Y de la creciente inquietud con la que la ciudad primitiva se enfrenta a las conductas desviadas o anómicas. Filósofos sociales y sociólogos tales como William Isaac Thomas, Florian Znaniecki, Robert E. Park entre otros, exploran los comportamientos colectivos e identifican los rasgos de la desorganización. Preocupa la difusión de los comportamientos desviados por lo que Park (1952: 47) llama, efecto del *contagio social* de la gran

¹¹ Gran parte de la gente eran inmigrantes europeos llegados de todas partes pero especialmente de la Europa Oriental, de Irlanda, Italia y Escandinavia (Hannerz, 1986).

¹² Su obra clásica, *El urbanismo como forma de vida*.

¹³ Theodore Dreiser en *Sister Carrie* describe una ciudad que, dirá Hannerz (1986: 30), parece dedicada a su propio crecimiento y a la corrupción de los jóvenes. Upton Sinclair, presenta en *The Jungle* (La selva) la triste carrera de un emigrante lituano que realiza varios oficios, pasa por la cárcel y vive del engaño, entre otros el político. Lincoln Steffens en su obra *The Shame of the Cities* (La vergüenza de las ciudades) dedica un capítulo a la política de Chicago.

urbe impersonal, heterogénea, fragmentada por procesos de segregación que la convierten en un mosaico de pequeños mundos que se tocan pero no se compenetran. Una consecuencia peligrosa de la desaparición de los sistemas tradicionales de control informal que reprimen dichos comportamientos en la pequeña comunidad rural es esa ciudad sin ley que afecta al comportamiento de los jóvenes y provoca la proliferación de bandas juveniles de carácter delictivo. Vienen de los suburbios habitados por grandes contingentes de inmigrantes y de las zonas intersticiales entre los barrios obreros y los centros comerciales (Thrasher¹⁴). Las bandas juveniles alteran el orden público con actividades callejeras delictivas y funcionan con criterios y normas de conducta que constituyen *regiones morales* alimentadas por la desorganización social. Porque en la gran ciudad, dirá Park (1952: 50-51), la asociación con otros de la misma condición proporciona estímulo y apoyo moral para los rasgos que tienen en común. Los pobres, los viciosos, los delincuentes se amontonan en intimidad malsana y contagiosa, se unen endogámicamente y se compenetran entre sí. Por su parte, White demuestra en su estudio «*The Street Corner Society*» (1943) que los jóvenes organizados en pandillas juveniles no son anómicos. Responden más bien a criterios y normas de grupo inspiradas en sus culturas de referencia¹⁵. White lo demuestra cuando compara dos tipologías de bandas, ambas del mismo barrio pero una de ellas surgida en el contacto de calle y esquina, y la otra en la red escolar. El estudio de lo que sucede al interior de cada una desvela la importancia del ámbito social en el que se celebran los ritos juveniles de pertenencia a la banda. El gang callejero, se inspira en la cultura del barrio para crear normas con las que mantener los vínculos e identidades personales dentro de la jerarquía del grupo y establecer mecanismos de ayuda mutua. Lo que sucede es que su cultura de origen ocupa lugares tan marginales en el espacio social de la polis, de la ciudadanía, como los suburbios donde viven en el espacio físico de la ciudad. Su marginación es producto de la inmigración y de la pobreza tras la crisis económica de 1929. Las estrategias adaptativas al medio hostil son distintas a las arbitradas desde la escuela inaceptables para quienes juzgan los comportamientos con normas de la cultura predominante¹⁶, transmitidas por el sistema escolar. De manera que los comportamientos de los pobres (los que no trabajan) y de los que delinquen (infringen las normas *establecidas*) son *etiquetados* como desorganizados, desviados o anómicos. Por el contrario la banda juvenil escolarizada, los *college boys* generan sus estrategias por referencia a la institución escolar, que promete el ascenso social a través de la educación. Juegan, por tanto, con las reglas de juego reconocidas por las instituciones emancipadoras de la sociedad moderna.

¹⁴ Thrasher en 1926 estudia 1313 bandas en un estudio titulado *The Gang. A study of 1313 gangs in Chicago*.

¹⁵ Grupo de referencia es un grupo positivamente valorado y al que a la gente le gustaría pertenecer.

¹⁶ Ésta no es siempre hegemónica en el sentido que da Gramsci al concepto, aunque aspira a serlo. Construir hegemonía significa crear un proceso social de persuasión y generación de consenso activo para sumar a la gente a un proyecto social, cultural y político (Díaz Salazar, 1992).

Muchos de los estudios conducidos con criterios teóricos estructural funcionalistas han puesto el acento en el análisis de las conductas desviadas con propuestas de medidas correctoras, encauzadas al respeto del orden establecido. La tradición reformista liberal legitima estos afanes resocializadores sobre presupuestos de moral colectiva, con los que los terapeutas urbanos, (asistentes sociales, psicólogos, psiquiatras, médicos, jueces, vigilantes, policías y agentes del orden en general) toman medidas para el tratamiento de los ya etiquetados. La visión terapéutica de los fenómenos urbanos influirá en la creación de paradigmas posteriores como la nueva criminología, la teoría del etiquetaje social, el interaccionismo simbólico entre otras (Feixa, 1998: 211). Pero encierra también un intento de extraer del *melting pot*, del crisol que Wirth cree va a lograrse con la fusión integradora de todas las culturas en una sola, el interés común de la ciudadanía.

La escuela, espacio creativo de las culturas juveniles

La preocupación por la integración social de los jóvenes ha consolidado la escuela como institución socializadora. No sólo en tanto transmite la cultura formal y los saberes reconocidos sino en cuanto ofrece el espacio de reflexión y experimentación del grupo de coetáneos. Con la permanencia de los niños en el colegio crece el tiempo de contacto de éstos entre sí y en espacios propios, escolares y de tiempo libre. Con el contacto emergen modos de comportamiento que responden a patrones culturales juveniles y dan cuenta del sentido que los jóvenes dan a su experiencia vital. La importancia dada por los estudiosos a las culturas juveniles es grande y los enfoques varían. Con Robert y Helen Lynd (1929) arranca una serie de investigaciones de las culturas formales e informales que surgen en los espacios de sociabilidad juvenil. En su investigación sobre la pequeña ciudad de Middletown en el medio oeste, descubren que la escuela secundaria, es el centro de atención de los jóvenes estudiantes, no sólo desde el punto de vista de la educación formal que allí se imparte sino de todas las actividades del tiempo libre, que generan lógicas de comportamiento distintas a las de los profesores y padres (López, 1987). Bajo la influencia del estructural funcionalismo de Parsons, se consolidan los estudios de los jóvenes escolares y de las culturas juveniles, uniformadas por su pertenencia a las clases medias o por el proyecto escolar de integrarse en ellas. Talcott Parsons (1942, 1963) mantendrá que los grupos de edad adquieren una nueva conciencia generacional interclasista y Coleman (1961) observará el poder homogenizador del consumo de los bienes popularizados como parte del patrimonio cultural. Los intérpretes de la homogeneidad cultural ven diluirse en las culturas compartidas por los jóvenes, las diferencias producidas por las desigualdades sociales de clase y aumentar la separación entre los patrones culturales juveniles y los adultos. Otros autores occidentales van a aplicar el mismo marco teórico a la transmisión cultural a través de los grupos de edad. Para Eisenstadt (1956), se produce ruptura social cuando falla el intento de inculcar la cultura dominante por ese medio. La rebelión de

los más jóvenes, impulsada por la aplicación de nuevos conocimientos y estilos de vida es una constante de la sociedad moderna y un foco de contestación social (Berger y Luckman, 1966). También lo es la persistente desigualdad social y de acceso a los recursos si los estados no regulan los precios del mercado para sacar los bienes básicos de la libre especulación. La emergencia en varios países de culturas contestatarias contradice la sujeción juvenil a los presupuestos de integración social sin protesta y desmienten el logro de la igualdad de oportunidades con descripciones precisas de la injusticia y la pobreza. Gramsci en 1930 apela a las interferencias de clase que explican la disidencia juvenil, Pasolini, en 1958, apunta el despertar de la conciencia civil en la mente subproletaria, (Feixa, 1998¹⁷). Margaret Mead (1977)), explora los inicios de la protesta en el mismo seno de la institución escolar, por parte de unos jóvenes distanciados de los adultos, por cuanto tienen la certidumbre de que no podrán aprender de ellos sus próximos pasos y que se adaptarán mejor que sus mayores a un mundo cambiante. Aranguren (1970) esboza el estado de ánimo de los jóvenes escépticos de la postguerra europea hastiados de los valores occidentales que han alimentado las guerras. La obra teatral de John Osborn, *Mirando hacia atrás con ira* es una representación ya clásica de la indignación incubada entre los jóvenes ingleses contra la destrucción causada por la generaciones que accionaron la guerra. Musgrove constata en 1965 el abismo generacional y los problemas de los jóvenes norteamericanos con el orden social. Monod (1968) explora los sistemas simbólicos que forman las subculturas de las bandas juveniles y las asocia con la sociedad global. Yankelovich escribe a comienzos de los setenta sobre la nueva moralidad de los jóvenes norteamericanos. De forma que la denuncia juvenil de las desigualdades sociales intra e internacionales, se extiende por muchos países en las décadas de los cincuenta y sesenta (López, 1987¹⁸). Las voces claman desde las universidades de más de cincuenta países con interpretaciones sociales coincidentes y propuestas solidarias para abolir la pobreza y extender los derechos humanos por todo el mundo. Y no sólo desde las universidades. En Inglaterra, la escuela de Birmingham discute el planteamiento consensual del estructural funcionalismo con la interpretación de las culturas juveniles, esta vez acrisoladas al interior de la clase obrera, como posibles culturas alternativas a la hegemónica. El trabajo de Hall y Jefferson (1975) *Resistance through rituals* indaga en los ritos de paso de los jóvenes de clase obrera en términos expresivos del conflicto generacional que lo es también de clase. Los estudios de Bourdieu y Passeron (1965) demuestran en Francia la importancia de las trayectorias profesionales y culturales de los jóvenes condicionadas por sus orígenes de clase.

Los ochenta alumbran nuevos análisis de las condiciones estructurales de vida que condicionan las dependencias juveniles a la familia a causa de la precariedad laboral que sigue a la recesión económica de 1973 en toda Europa. Apuntan

¹⁷ Feixa, en su obra *De jóvenes, bandas y tribus*, hace un seguimiento muy esclarecedor de autores que han estudiado estos fenómenos en varios países occidentales.

¹⁸ En mi obra *Los Bienatados* apporto información sobre estos estudios y corrientes de opinión.

Morán y Benedicto (2000), que el problema principal no es ya como lograr la integración funcional de los jóvenes en la edad adulta, incluidos los que desarrollan culturas alternativas a la hegemónica, ni la dificultad de superar las barreras de clase con las desiguales oportunidades educativas. Como señala Zárraga (1985) en su análisis del proceso en España, el reto es cómo romper el bloqueo que las condiciones estructurales y coyunturales de la economía producen para la inserción laboral de los jóvenes y su incorporación al mundo adulto. El análisis de las condiciones y modos de vida conduce al interés en las trayectorias de vida y en los procesos de construcción de las identidades colectivas y de la ciudadanía. Desde la teoría de las generaciones se explora la construcción de la memoria histórica y de la consciencia generacional en un mundo cambiante (López, 2002).

Los estudios generacionales y la construcción de las identidades modernas

Los estudios generacionales se inician con Mannheim (1952), para quien la generación es un componente de la sociología del conocimiento. Mannheim elabora un concepto de generación que distingue dos condiciones fundamentales vividas por los contemporáneos. Por una parte, hay una condición de coetaneidad por la que las gentes que coexisten en la misma época constituyen un conjunto generacional sumido en las mismas experiencias. Una generación tiene oportunidades vitales como resultado de su contexto histórico y social. Los miembros de una generación se mantienen unidos en la experiencia de los acontecimientos históricos, que difiere de la experiencia de las otras generaciones. Por ello el autor habla de la estratificación de las generaciones. Las vivencias generacionales y la recepción interactiva del legado cultural son experiencias productoras de consciencia y de cultura. Por la otra, hay una situación de unidad generacional lograda por el grupo que adquiere *conciencia de sí* específica dentro del conjunto generacional. La conciencia de sí se obtiene gracias a la construcción colectiva de significados compartidos por la misma unidad generacional. La contemporaneidad cronológica es, por tanto, condición necesaria pero no suficiente para definir una generación. Las unidades generacionales mantienen sus vínculos por la identidad de sus respuestas y puede darse el caso, de hecho se da, de que una generación se componga de varias unidades generacionales diferentes y que entren en conflicto entre sí. Así mismo, cada generación con su particular interpretación de las cosas es proclive a entrar en conflicto, o al menos en tensión con las otras generaciones, lo que queda enmascarado por el hecho de que los cambios intergeneracionales son continuos.

El concepto de generación es útil para identificar los actores históricos que actúan como agentes del cambio y las ideas fuerza que impulsan su acción. Dirá Mannheim que aquellas generaciones que adquieren una consciencia histórica de su situación tienen la oportunidad de ejercer un papel decisivo en el cambio histórico. Al igual que la clase que tiene consciencia de serlo se organiza para defen-

der los intereses de su clase, (éste es el fundamento de la diferencia entre ser clase obrera y tener conciencia de serlo), la conciencia generacional es fuente de solidaridad Y de visión colectiva del mundo. Edmund y Turner (2002) enlazan el pensamiento generacional con los estudios de memoria colectiva de Maurice Halbwachs (1950) para explicar que es desde el legado recibido y memorizado desde donde se defiende la continuidad social y se adquiere la solidaridad social. Halbwachs, sostienen estos autores, proporciona una respuesta al problema de la memoria colectiva, desde la sociología cultural de Durkheim. En las formas elementales de la vida religiosa, Durkheim explica la solidaridad social a través del análisis de los rituales, que al recrear ceremonialmente los mitos históricos del grupo social dan rienda suelta a emociones de compromiso social¹⁹. Halbwachs aplica el marco interpretativo de Durkheim al estudio de la continuidad social de las generaciones, mediante la institucionalización de la conciencia colectiva. Las conmemoraciones son elementos importantes en la sociogénesis de las identidades colectivas, en cuanto la memoria social depende de la repetición de hábitos culturales y rituales para crear el sentido de un pasado común (Connerton 1989). Y si la investigación de las generaciones indaga en los mecanismos de socialización por los que se interioriza la cultura, los estudios del cambio social identifican los componentes de las identidades modernas. Giddens (1995) señala la importancia que adquiere el curso de la vida. El individuo, vive sus diferentes estadios conscientemente, como parte de un proyecto de vida, continuamente actualizado bajo el compromiso personal de desarrollar lo mejor de sí mismo. El proceso adquiere una dimensión moral en cuanto el crecimiento es un compromiso de honestidad para consigo mismo. Los medios de comunicación social reproducen este modelo identitario que se robustece con las relaciones personales mantenidas por la confianza y el afecto.

A partir del análisis del curso de la vida, Morán y Benedicto (2000) explican la incorporación de los jóvenes al mundo de la ciudadanía que no es lo mismo que incorporarse al mundo adulto. De hecho los jóvenes adquieren recursos y competencias de ciudadanos en el proceso de vivir una transición que, como ya hemos explicado no tiene contornos tan definidos hoy como en épocas anteriores. La aplicación de un marco de análisis que incluya los componentes de identificación de las unidades generacionales y de la construcción identitaria, nos permite ver como en la intersección interactiva de las biografías personales y la historia del grupo, los jóvenes adquieren compromisos históricos para la sociedad en cambio, a través del proyecto reflexivo, que conecta lo personal con lo social y genera en el transcurso, sentimientos y emociones de pertenencia. Éste parece un marco apropiado para identificar la presencia juvenil en la generación de las ideas fuerzas que impulsan las reivindicaciones ciudadanas, inspiran las movilizaciones colectivas y favorecen las conquistas sociales de una época.

¹⁹ El fenómeno religioso es para Durkheim fuente de sentimientos colectivos. La religión es un sistema solidario de creencias y de modos de acción generados por aquellas, es decir, un estado de opinión conformado por un conjunto de mitos, de cultos, de ritos, de ceremonias.

Ensayo reflexivo sobre los jóvenes españoles

Los primeros estudios que en España ven a los jóvenes como una categoría histórico social se insertan en la corriente de pensamiento alemana que desarrolla con Mannheim el concepto de generación.

Con estos parámetros y con los que indagan en la construcción identitaria, se entiende que cada generación juvenil busca sentido a su experiencia vital en diálogo consigo misma y con las generaciones adultas que la preceden, las que, a la par que transmiten las tradiciones en las que vivieron sus mayores y sus propias creaciones, desvelan sus temores a perder tal legado, y al tiempo que explicitan sus expectativas, proyectan sus deseos de renovación y sorpresa. La elaboración del proyecto juvenil de vida, reflexivo, interactivo y en condiciones de cambio deja huellas profundas en el propio grupo generacional y en el universo cultural general. Ortega medía el pulso de una época por la ecuación dinámica entre las generaciones y los sexos. Incluso reconociendo la existencia de unidades distintas al interior de cada generación, de tensiones entre sus visiones del mundo claramente contrapuestas y en conflicto, Mannheim explicaba que el pensamiento generacional de una de estas unidades acaba imponiéndose sobre las demás. Se convierte en motor hegemónico, que impulsa el diálogo y genera la negociación, y el antagonismo, intergeneracional²⁰. Y como cada generación crea su identidad singular en el *crisol* común, el diálogo más fecundo, deducimos, es el que mantienen las generaciones envueltas en el reemplazo vital, con todo lo que ello supone de reinterpretación dialéctica de las fuentes y de los contenidos de la inspiración comunitaria. Es ahí, en la tensión regenerativa entre las generaciones donde se propone con más dramatismo el cambio axiológico intergeneracional. En un ensayo anterior (López, 2002) centro el interés en las generaciones que en España protagonizaban la sucesión en el momento, es decir, en los que fueron jóvenes en los sesenta y en los que lo eran en los comienzos de los años noventa del siglo XX y comienzos del XXI²¹. El análisis parece vigente. La tensión producida por los primeros se mantiene a causa de la internacionalización del proyecto cultural de quienes alumbraron las ideas fuerza en aquellos momentos. Falta aún perspectiva histórica para observar con suficiente distancia la evolución de la primera generación a la segunda. Además esta segunda vive aún las pruebas del tránsito discontinuo, y es pronto aún para que cristalice su testamento cultural en la generación que la reemplazará, y que podrá reconocer las discrepancias y duelos entre los principios éticos y las racionalidades económicas que relativizan y ponen en entre-

²⁰ Cada generación cuenta con sus propios *constructores del sentido hegemónico*, surgidos de entre los coetáneos más sensibles, lúcidos y activamente lanzados a la *misión* de descubrir e interpretar, las raíces del ligamen comunitario dentro de la comunidad emocional juvenil.

²¹ Nótese que los límites que acotan la generación juvenil se alteran precisamente en el período histórico y en el escenario socio-económico en el que interactúan estas dos generaciones. La Unesco ha ampliado el universo juvenil comprendido entre las cohortes de los 15 y los 25 años, para la generación de los 60, a los incluidos entre los 15 y los 30 años, para la generación de los 90.

dicho la propuesta moral legada. Sí se evidencian, ya, los contrastes y oposiciones, entre las huellas impresas por la primera y las que marcan la segunda, en el contexto del occidente cercano.

De la década de los 60 a la década de los 90 del siglo XX. Haciendo memoria y construyendo identidad colectiva

La generación juvenil que en la década de los sesenta construyó en el mundo occidental, desde Norteamérica y Europa, las ideas-fuerza que inspiraron la renovación cultural de la época fue referente de la generación juvenil española que lideró el cambio social de la transición democrática de 1975. La fuente de inspiración de los jóvenes de los sesenta, se halla en la revolución francesa y en el racionalismo ilustrado que consagran una modernidad apoyada en la desintegración de las relaciones feudales de la sociedad premoderna, en el espíritu democrático, en la consolidación de formas capitalistas de producción, en la secularización, en la búsqueda del bienestar social y en la libertad de pensamiento y opinión (Giner, 1975). No en vano los jóvenes de los 60 son hijos de una generación de guerras y postguerras europeas cuyo sustento ideológico han sido los nacionalismos expansivos y los regímenes dictatoriales de gobierno. Las conflagraciones han cercenado las esperanzas creativas de sus padres y han moldeado su propia niñez en la experiencia de la inflexibilidad política y la represión de las libertades civiles.

Los sucesores de una generación escéptica de posguerra, integrada pasivamente en un sistema de lenta reconstrucción europea (y española), y dolorosamente consciente de la pérdida de su juventud (Aranguren, 1970), desarrollan un doble afán: el de preservar y proteger los recursos escasos de una tierra esquilmada por la insensibilidad e irracionalidad en el uso de la tecnología, (la tecnología de guerra siendo una parte importante de ella) y el de incorporar a las relaciones humanas intra e internacionales, elementos culturales esenciales para la calidad de la vida comunitaria, que han sido excluidos del desarrollo social en curso.

La defensa del medio ambiente, la protección de los derechos civiles de las minorías no blancas, la igualdad entre los sexos, la denuncia del desarrollo imperialista de los países más desarrollados darán lugar a movimientos reivindicativos universalistas, antipatriarcales, anti-autoritarios y antitradicionales.

Los años sesenta son en los países más avanzados, unos años de afluencia económica y de desarrollo del bienestar social, condiciones ambas que permiten a los jóvenes de clases medias ensayar caminos alternativos de emancipación familiar, aprendizaje cultural e inserción laboral. En este contexto, reafirman con energía su condición de ciudadanos defensores de las instituciones representativas de la voluntad popular, que tratan de expandir con la asunción de responsabilidades en el mundo adulto de los años 70. En España y por su particular proceso de transición democrática, muchos de los miembros de esta generación, (por méritos adquiridos por cualificación, convicción y esfuerzo) pasarán a ocupar los puestos directivos, políticos, de liderazgo social y económico, y en todas partes enarbolarán la bande-

ra de una juventud exultante²². Mientras, la crisis económica de los años 70 alterará las formas de vivir de la sociedad en su conjunto, los modos juveniles de hacerse adultos y sus intuiciones y proyectos.

En todas las transiciones generacionales se producen subculturas de la frustración, como resultado de las brechas que existen entre las aspiraciones culturalmente prescritas y los caminos socialmente estructurados para hacerlas realidad (Merton, 1964). En la que nos ocupa, se extiende el fenómeno a los jóvenes de todas las clases sociales que, por su socialización escolar, proceden con criterios culturales de logro por cualificación y esfuerzo. La continua reforma del mercado de trabajo desde finales de los años setenta, por agregación de condiciones de precariedad e inestabilidad bajo el concepto de flexibilización del empleo. La sustitución del contrato laboral fijo por contratos a tiempo parcial, de aprendizaje y de prácticas, suponen en efecto un empobrecimiento de las condiciones de emancipación juvenil, condiciones que Zárraga (1985: 25) explicita de la siguiente manera:

En primer lugar, la independencia económica, como responsabilidad de obtener los recursos necesarios para el mantenimiento propio y la capacidad de generarlos. En segundo lugar la autoadministración de los recursos de que se dispone para el propio mantenimiento. En tercer lugar, la autonomía personal como capacidad para tomar decisiones sobre sí mismo sin más restricciones que las impuestas por la convivencia social. Por último, la constitución de un hogar independiente del hogar de origen.

Recordemos que se obtienen los recursos necesarios por la inserción en el mercado laboral y se adquiere la capacidad de generarlos por cualificación y desarrollo cultural. Se logra la doble capacidad de administrar sus propios recursos y de tomar decisiones autónomas mediante la adquisición de la mayoría de edad, que otorga los derechos de ciudadanía y supone, en efecto, la sustitución de los derechos de patria potestad de los padres por el derecho de libre albedrío personal, el derecho a votar y ser elegido, y la plena capacidad y responsabilidad jurídica y social. La constitución del propio hogar coloca al ciudadano en una nueva dinámica de relaciones de coetaneidad, atravesada por la institucionalización de la familia propia, con o sin proyecto de paternidad, y por las relaciones con la vecindad y con la localidad.

Pues bien, los requerimientos emancipatorios de la juventud española actual, no producen de una vez por todas la plena autonomía económica que se le supone al que se inserta en el mercado laboral de manera permanente. Por tanto, tampoco se obtiene la capacidad de dirigir su propio destino en la constitución del hogar, si bien se accede a los derechos de ciudadanía, civiles y políticos con la edad, y a los sociales según sean las condiciones de inserción laboral. Los requisitos más

²² Los mandamientos que hay que cumplir para mantenerse joven son rigurosos y exigentes. Incluyen el ejercicio físico y el cuidado de la belleza con dietas, tratamientos, estiramientos de piel y cirugía estética, rituales muy desarrollados por las generaciones adultas contemporáneas.

exigentes son los que mediatizan el paso de la dependencia a la independencia económica y del estudio al ejercicio profesional de la profesión elegida.

Tres problemas importantes, al menos, derivan de tal situación. El primero es el miedo a no salir del paro por parte de quienes están desempleados y a volver a él de quienes tienen contratos de corta duración. A finales de 2002, nueve de cada diez trabajos en España son temporales y gran parte de ellos de corta duración. Las encuestas muestran, recurrentemente, que aunque el paro disminuye, el desempleo sigue siendo la preocupación mayor de los españoles en general y de los jóvenes en particular. El segundo es la falta de relación entre los estudios superiores realizados y los empleos encontrados, que, unido a la precariedad laboral produce desasosiego y desorientación, además de emigración tentativa y no siempre satisfactoria. El tercero es la vivencia individualizada de la situación de riesgo. En consecuencia, se desactiva en solitario la energía creativa común, que permite al joven pensar el mundo desde dentro de su *comunidad* emocional y le deja reducido a la prolongada dependencia de quienes sí pueden pensarse desde su *asociación*, en este caso las organizaciones estudiantiles, empresariales y sindicales y en cierta medida las políticas. La reflexividad en este contexto de incertidumbre hace germinar entre los jóvenes nuevas prácticas, valores y creencias en tensión con las de sus predecesores.

La tensión generacional de los 90 se extiende al siglo XXI con características llamativas

Los adultos de los 90, se han convertido en defensores de la sociedad de tecnología avanzada, que es altamente competitiva en cuanto se asienta en criterios de productividad. Con estos criterios se ha emprendido una profunda reestructuración del sistema productivo que ha afectado a las condiciones de empleo antes señaladas. Como resultado, los jóvenes socializados en una cultura de clase media, consumidores de educación, de arte, de deportes, de televisión, de moda y de diseño, temen verse sumidos en la marginalidad social, apenas suelen amarras de sus proveedores para vivir de un trabajo discontinuo. La precariedad laboral corroe su confianza en las promesas de la sociedad y acentúa su dependencia. Y cuando los adultos les increpan por su escasa militancia en las organizaciones tradicionales de defensa de intereses, como los partidos políticos y los sindicatos, ellos se zambullen en la tradición de sus ancestros y en el ensimismamiento de sus coetáneos, a la búsqueda de señas de su propia identidad. Los jóvenes de los noventa buscan vinculaciones profundas con su pasado más remoto, que les ayuden a plantar cara a un futuro incierto y a unas generaciones que no van a ser reemplazadas tan pronto, dada la prolongación de su esperanza de vida. La apología de la innovación continua de sus antecesores se transforma así en reconstrucción de la memoria del pasado común, de los valores que ligan lo comunitario como fortaleza defensiva contra el desorden y el caos de la sociedad en crisis. Contrarrestan el pragmatismo de la generación precedente con un pensamiento conservador de corte historicista y romántico.

Explorando el sentir de los jóvenes de esta generación toman cuerpo varias preocupaciones recurrentes. La desigualdad social y la nueva pobreza, la inseguridad ciudadana, la insolidaridad, la destrucción de las culturas dominadas y de los pueblos que las crearon, la guerra, el terrorismo, la pérdida del patrimonio cultural, las catástrofes de la naturaleza, la enfermedad, la muerte.

Aparece también una esperanza subjetiva de vida muy inferior a la que las estadísticas conceden. Informantes de esta generación que responden a perfiles juveniles diversos comparten la convicción de no llegar a viejos y el temor de morir pronto a consecuencia de los riesgos que acompañan a las sociedades avanzadas: el cáncer, el sida, los accidentes. Una juventud que recibe llamadas a la solidaridad, (que significan aceptación de trabajar muchas horas por poco dinero), por parte de los dirigentes de una generación en la que se sigue practicando el arte de *hacerse rico* por especulación e ingenio, se apresta a consumir aceleradamente lo que la generación anterior está disfrutando con logros, prolongados a lo largo de un período vital sumamente extenso. El suicidio de algunos jóvenes en los lugares sacros donde se celebran los ritos de paso más marcados por la competitividad o la agresividad, como son el aula escolar y el cuartel²³, son señales de peligro que intermitente y silenciosamente anuncian la ansiedad y temor con los que los jóvenes se someten a las ceremonias de su tránsito.

Y en el crisol de las vinculaciones comunitarias y las obligaciones societarias, confluyen elementos culturales de muchas épocas y valores aparentemente contradictorios, que cristalizan en las ideas-fuerza de la coetaneidad.

El ethos juvenil de los comienzos de este siglo XXI. La defensa de la comunidad y el proyecto de inserción social

La propuesta adulta defiende una sociedad altamente organizada y capaz de gestionar el cambio inherente a la modernización continua y permanente, con sus anunciadas consecuencias de flexibilización, movilidad, rotación y volatilidad de todos los órdenes. Teóricamente no se aceptan más discriminaciones que las que derivan de los méritos obtenidos en buena lid competencial, ni más autoridad que la que se legitima por la cualificación o elección democrática. En la práctica, el sistema meritocrático no es tan fluido ni cancela las diferencias de origen y de acumulación de poder por la construcción de redes sociales altamente solidarias de quienes a ellas pertenecen. De la generación juvenil emerge como contrapropuesta, una comunidad sólidamente empeñada en garantizar el orden y la seguridad, con liderazgos fuertes y estímulos emocionales de fusión identitaria, en la que se potencian las diferencias avaladas por la tradición y la costumbre. La defensa identitaria de las nacionalidades históricas de las autonomías españolas, con toda su

²³ En la última encuesta que realicé a la juventud aragonesa aparece claramente marcado el territorio escolar como el de máxima competitividad cuando se le compara con el laboral.

simbología, y los nacionalismos emergentes muestran su poder de convocatoria entre los jóvenes. Y desde las posturas conservadoras más radicales, se cultiva la virilidad como condición de mando, exploración y defensa, la femineidad como condición de sumisión y soporte afectivo, adquiere visibilidad lo étnico, en estallidos revolucionarios, en brotes racistas y en manifestaciones de repulsa del racismo.

Tales ideas-fuerza inspiran la participación juvenil en movimientos antagónicos, de carácter salvacionista y nutridos de la razón ética más que de la política. Unos, los más por el momento, de carácter pacífico y universalizante, rehabilitadores de los humanos y sus instituciones, recicladores de los recursos finitos de la tierra y con dinámicas participativas de carácter cívico. Otros, por el momento los menos, de carácter violento y particularizante, con dinámicas de castigo ejemplarizador de signo autoritario. Unos y otros extraen su vitalidad de las tradiciones comunitaristas ochocentistas y novecentistas. Las diferencias radican en las identificaciones, que aparecen diáfanos, en las proclamas de los creadores de nuevos significados en unos y otros movimientos.

El *sé tu mismo* y el *no toques a mi amigo*, son dos eslóganes que reflejan bien, por ejemplo, una moral surgida de nuevos anhelos de reconstruir la comunidad social y la voluntad solidaria que dé sentido a la vida colectiva. El primero es una reivindicación de la originalidad y de la diferencia, sexual, racial, generacional, aptitudinal sobre las que deben tejerse las equivalencias del conjunto. El segundo, defiende el vínculo primario que se nutre del parentesco, el paisanaje y la amistad. Ambos toman lo humano como medida de todas las cosas.

En el mundo exterior las cosas son difíciles. El éxito social se obtiene cuando se es capaz de adaptarse al ritmo cambiante de una sociedad altamente institucionalizada y regulada y en las que el margen de maniobra de los jóvenes es limitado. Se espera de ellos que hagan méritos y los hacen envueltos en la incertidumbre. Aportan su formación y trabajo, su disponibilidad y flexibilidad para el cambio y soportan la rotación y cancelación del puesto obtenido transitoriamente. En el proceso ponen en marcha sus habilidades sociales. Los jóvenes de los 90 atribuyen a las cualidades personales de dominio, encanto y seducción lo que los jóvenes de los 60 atribuían a la inteligencia. Si del discurso juvenil de los 60 brotaba la conciencia de la importancia del trabajo imaginativo para construir el mundo, del discurso juvenil de los 90 mana la convicción de la necesidad de hacerse su propio puesto laboral.

De aquí surgen nuevos componentes con los que construir la conciencia generacional de la ciudadanía. El *sé tu mismo* se convierte en el *háztelo tú mismo*. Estas tendencias defensivas de lo propio, no ocultan la preocupación por el blindaje de los ciudadanos ricos de los países ricos frente a los pobres de los mismos países, y más aún frente a los pobres de los países esquilados por los ricos de los primeros y los segundos.

La reivindicación de los derechos universales, de la transversalidad de los derechos ciudadanos a los estados y a los países, une a las organizaciones no gubernamentales de desarrollo con partidos políticos y sindicatos. La movilización juvenil que no se canaliza a través de estas instituciones, lo hace a través de otros movi-

mientos antiglobalizadores (detractores, más bien de la unidimensionalidad económica de la globalización). Desde estos movimientos, se aboga por una circulación de las personas tan libre como la de los capitales, por la defensa de la paz mundial (la masiva protesta ciudadana en España y en gran parte del mundo, contra la invasión de Irak por la potencia de los EEUU, con el apoyo británico y español, contra los acuerdos de Naciones Unidas, son una expresión alarmada, enérgica e incontestable de la repulsa al dominio desenfrenado y a la guerra) y de la tierra como patrimonio de la humanidad entera. Se reclama la universalización del libre comercio, sin blindajes por parte de los países ricos para evitar la competencia de los productos vendidos por los países pobres, en los que las empresas de los primeros se benefician del bajo coste de mano de obra.

La interactividad reflexiva y cada vez más rica entre los jóvenes ciudadanos del mundo esta contribuyendo a la mundialización de la conciencia generacional de quienes viven acontecimientos históricos que afectan a toda la humanidad, por mucho que sean vistos desde el contexto social más cercano. La comunidad emocional juvenil se nutre de la comunidad virtual creada a través de las potenciadoras tecnologías de la información y la comunicación. De la memoria común, cada vez más colectiva y más densa, sigue emergiendo una conciencia generacional difusora de nuevos valores y propuestas de cambio. En los avances sociales en los que participan los jóvenes de los noventa del siglo XX y del comienzo del siglo XXI, convergen impulsos simbióticos entre las culturas clásicas de la modernización, como son la cultura política y la cultura del trabajo, con las nuevas culturas producidas por el impacto de la globalización económica. Tales son la ecología, el pacifismo, la defensa de los derechos humanos y la conquista de una ciudadanía supra e internacional.

Referencias bibliográficas

- Aranguren, J. L. (1970): *La Juventud Europea y otros ensayos*, Seix Barrall S. A., Barcelona.
- Bauman, Z. (1995): «Da pellegrino a turista», *Rassegna Italiana de Sociologia*, XXXVI, n.º 1(enero-marzo), pp. 13-26.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. (eo 1966, 1972): *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Benjamín, W. (1973): *Charles Baudelaire: A Liric Poet in the Era of High Capitalism*, New Left Books, Londres.
- Bourdieu, P. y Passeron, Ph. (1965): *La distinction*, Ed. de Minuit, Paris.
- Brake E. (1980): *The Sociology of Youth Culture and Youth Subculture. Sex, drugs and rock n'roll*, Routledge and Kegan Paul, London.
- Campbell, J. (1991): *El poder del mito*, Emecé Editores, Barcelona.
- Cassirer, E. (1979) *Symbol, Myth and Culture*, Yale University Press, New Haven.
- Coleman, J. S. (1961): *The adolescent society. The Social Life of the Teenager and its Impacts on Education*, The Free Press, New York.
- Connerton, P. (1989): *How societies remember*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Díaz Salazar, R. (1992): *El proyecto de Gramsci*, Anthropos, Barcelona.

- Delval I. (1998): «Infancia» en S. Giner, E. Lamo de Espinosa y C. Torres eds., *Diccionario de Sociología*, Alianza Editorial, Madrid.
- Duez, B. C. (1992): «La ritualité profane: une perspective psychanalytique», *Cahiers*, pp. 73-101.
- Durkheim, E. (1982): *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal Universitaria, Madrid.
- Edmunds, J. y B. S. Turner (2002): *Generational Consciousness, narrative, and politics*, Rowman and Littlefield, Maryland.
- Eisendstadt, S. N. (1956): *From generation to generation*, Free Press, New York.
- Feixa, C. (1998): *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona.
- Fernández Villanueva, C. (1998): «Socialización» en S. Giner, E. Lamo de Espinosa y C. Torres eds., *Diccionario de Sociología*, Alianza Editorial, Madrid.
- Galland, O. (1991): *Sociologie de la Jeunesse. L'entrée dans la vie*, Armand Colin, París.
- Giddens, A. (1995): *Modernidad e identidad del yo*, Ediciones 62, Barcelona.
- Giner, S. (1975): *Historia del pensamiento social*, Ariel, Barcelona.
- Halbwachs, M. (1950): *La mémoire collective*, Presses Universitaires de France, París.
- Hall, S. y T. Jefferson (eds.) (eo. 1975, 1983): *Resistance Through Rituals. Youth Subcultures in Post -War Britain*, Hutchinson, London.
- Hannerz, Ulf (1.^a ed. 1980, 1986): *Exploración de la ciudad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Leach, E. (1976): *Culture and Communication. The logic by which symbols are connected*, Cambridge University Press, Cambridge.
- López Jiménez, M. A. (1987): *Los bienatados. Jóvenes en el casco viejo de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2 volúmenes, Zaragoza.
- López Jiménez, M. A. (1990): «Sociología de la Juventud» en S. Giner y L. Moreno eds., *Sociología en España*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Sociales Avanzados, Madrid.
- López, Á. (1994): «Ritos de paso y rituales juveniles de espera», en S. Giner, R. Díaz de Salazar y F. Velasco, *Formas Modernas de Religión*, Alianza Editorial, Madrid.
- López, Á. (1998): «Adolescencia, Juventud» en S. Giner, E. Lamo de Espinosa y C. Torres eds., *Diccionario de Sociología*, Alianza Editorial, Madrid.
- López, Á. (1999): «El arte de la calle», *REIS*, n.º 84, pp. 173-194.
- López Á. (2001): *Zaragoza ciudad hablada. Memoria colectiva de las mujeres y los hombres*, Prensas Universitarias, Zaragoza.
- López, Á. (2002): «Youth in the 1990s and Youth in the 1960s in Spain: Intergenerational Dialogue and Struggle», en J. Edmunds y B. S. Turner (eds.), *Generational Consciousness, narrative, and politics*, Rowman and Littlefield, Maryland.
- Lynd, R. y H. Lynd (eo. 1929, 1957): *Middletown. A Study in Modern American Culture*, Harvest, San Diego.
- Maffesoli, M. (1990): *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona.
- Mannheim, K. (1952): *Essays on the Sociology of Knowledge*, Routledge and Keagan, Londres.
- Marshall, T. H. (1965): *Class, Citizenship and Social Development*, Free Press, Nueva York.
- Mead, M. (1977): *Cultura y compromiso. El mensaje de la nueva generación*, Granica Editor, Barcelona.
- Mehnert, K. (1978): *La rebelión de la juventud*, Ed. Noguer, Barcelona.
- Mendel, G. (1972): *La crisis de las generaciones*, Península, Barcelona.

- Merton, R. K. (eo 1957, 1964): *Teoría y estructuras sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Monod, J. (eo1968, 1971): *Les Barjots*, Seix Barral, Barcelona.
- Morán, M. L. y J. Benedicto (2000): *Jóvenes y ciudadanos*, Injuve, Madrid.
- Moreno, M. (1969): *Psicodinámica della contestazione*, Edizione Radiotelevisive Italiane, Turín.
- Musgrove, F. (1965): *Youth and the social order*, Indiana University Press, Bloomington.
- Ortega y Gasset, J. (1955): *La rebelión de las masas*, Biblioteca Revista de Occidente, Madrid.
- Park, R. E. (1952): *Human Communities*, Free Press, Glencoe Illinois.
- Parsons, T. (1963) «Youth in the context of American Society», en E. Erikson, *Youth, Change and Challenge*, Basic Books, New York.
- Roszak, T. (1981): *El nacimiento de una contracultura*, Kairos, Barcelona.
- Simmel, G. (eo 1908, 1986): *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, Alianza Editorial, Madrid.
- Solé, C. (1998): «Modernización», en S. Giner, E. Lamo de Espinosa y C. Torres eds., *Diccionario de Sociología*, Alianza Editorial, Madrid.
- Tonnies, F. (1979): *Comunidad y asociación*, Península, Barcelona.
- Van Gennep, A. (1969): *Los ritos de paso*, Taurus Ediciones, Madrid.
- Weber, M. (1975): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona.
- White W. F. (1943): *Street Corner Society*, Chicago University Press, Chicago.
- Yankelovich, D. (1974): *The new morality. A profile of American Youth in the 70s*, McGraw-Hill Book Company, Nueva York.
- Zárraga, J. L. (1985): *Informe Juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad*, Instituto de la Juventud, Madrid.